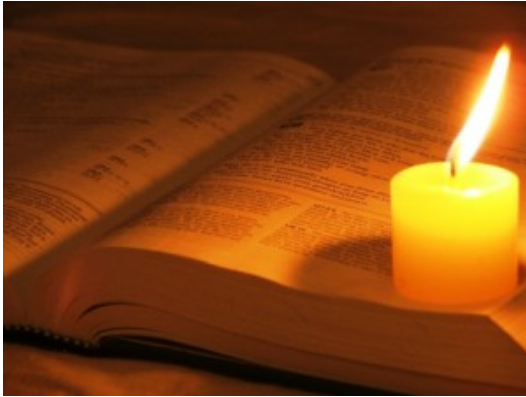


Comentario de evangelio – 6° Domingo de Pascua - 22 de mayo de 2022 (Ac 15, 1-2.22-29; Ap 21, 10-14.22-23; Jn 14, 23-29)



Cristo es la Palabra de Dios.

Jesús decía a sus discípulos: "El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió. Os he hablado de esto ahora que estoy a vuestro lado, pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho." (Jn 14, 23-26).

¿Cuántas veces hemos escuchado esta pregunta hablando de la veracidad de los Evangelios?: «¿Qué prueba hay de que lo que se dice es verdad?» Esta y muchas otras

preguntas del mismo tipo son graves, porque se refieren a la llamada de Dios para cada hombre y comprometen vidas humanas.

Solo Dios puede hablar de Dios de una manera digna de fe. Y Cristo, hombre y Dios, es palabra de Dios. Gracias a él, la llamada de los profetas en el Antiguo Testamento adquiere todo su sentido. Gracias a él, toda la creación se convierte en lenguaje. Es necesario completar para dar plena fuerza a estas afirmaciones que la Palabra de Dios no está constituida por palabras y signos, sino que es una llamada eficaz a amar. Hace lo que dice, es una palabra eficaz. «Si alguien me ama, (...) mi Padre lo amará, vendremos a él y, en su morada, nos haremos una morada. »

La Palabra de Dios ilumina y trastorna porque interpela a todo hombre y mujer. Es vida, dinamiza. Va al encuentro, va a buscar a la gente en su camino, los acompaña, «atraviesa el corazón más duro y desenreda los pensamientos y las intenciones» (Heb 4, 12).

Por desgracia, el hombre no es capaz, solo de recibir a Dios. Y por eso, para comprender la Palabra, el Espíritu de Dios está presente en el corazón del hombre. La verdad de la Palabra es acogida en los corazones gracias a él; «Se oye la materialidad de las palabras, pero el verdadero Maestro está dentro», decía Bossuet.



Así cumple Cristo su promesa: «El Defensor, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, os enseñará todo» (Jn 14, 26). Esta presencia del Espíritu Santo, que transforma el corazón del hombre y lo hace capaz de acoger la Palabra de Dios y de ser transformado, se llama en lenguaje teológico: 'la gracia'. Solo la gracia permite conocer a Dios (Gal 4, 6). Solo la gracia da certeza en la fe.

Pequeña advertencia; el don de la gracia no es un asunto individual. En efecto, la Iglesia, fortalecida por las promesas de Cristo, es consciente de ser el pueblo elegido que pertenece a Dios, el Cuerpo de Cristo, Palabra de Dios. Para la Iglesia, es escuchándola como se puede descubrir la Palabra de Dios: «Quien os escucha, me escucha y os rechaza, rechaza a Aquel que me ha enviado» (Lc 10, 16). La Iglesia sabe ser esa comunidad a la que Jesús confió su Palabra y a la que, por mediación de algunos de sus miembros, los apóstoles y sus sucesores, los obispos, prometió ser «hasta el fin del mundo» (Mt 28, 16) prometiendo así que en cada generación sería posible encontrarlo, encontrarlo a través del ministerio de la Iglesia.



Estamos invitados continuamente a alimentarnos de la Palabra de Dios, a profundizarla gracias al Espíritu para anunciarla a quienes aún no la conocen.

«Ay de mí si no anuncio el Evangelio», decía ya san Pablo.

Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor, más que el centinela la aurora.

Jean-Marie Quétier (Díacono)